

de lo que creía tender un lazo al serio y circunspecto lógico, y perdió parte de su moderacion (señal tal vez en un escético de que renace en él la fé) encontrándose pronto empeñado en un combate desesperado con Sinesio, que le sostenia, al parecer, porque gozaba en verlos batallar, y Mayorico, que le contrariaba mas y mas por la implícita fé dogmática con que cortaba uno tras otro los nudos gordianos, hasta que Agustin tuvo á bien salvarle de sus amigos, armando una trampa al buen prefecto, y dejándole á gran distancia de los demas disputantes, que continuaron arguyendo hasta el amanecer. Entonces, el espectáculo de la desolacion exterior recordó á las partes que tenian que usar de armas mas materiales y que emprender una guerra mas dura.

Pero lejos estaba Rafael Aben-Ezra de imaginar mientras acudia á todos los recursos de su ingenio y de su ciencia, con la esperanza de confundir al sábio de Hipona, y se olvidaba del cielo y la tierra por el placer de disputar con sus iguales, que en un aposento vecino, postrada en el suelo, y cubierto el rostro por los despeinados rizos, se halla-

ba Victoria, orando por él toda la noche y vertiendo amargas lágrimas, cuando oia el murmullo de las voces y se empeñaba inútilmente en comprender el sentido de aquellas palabras de que pendian ahora sus esperanzas y felicidad; pues si aun no se habia atrevido á confesarse á si misma hasta qué punto era esto último cierto, la habia, sí, confesado al Hombre á quien dirigia sus oraciones, como á uno que sentia con ternura y penetracion superior á la de un hermano, de un padre y hasta de una madre, su virginal rubor y sus disgustos.

CAPITULO XXII.

PANDEMONIUM.

PERO ¡qué se habia hecho el pobre Filemon toda esta semana.

En los dos primeros dias de su prision habia bramado como una fiera cogida en el lazo, viendo sus nuevos proyectos detenidos repentinamente y su energía inutilizada. Rompió los barrotes de su cárcel, se arrastró por el sue-

BIBLIOTECA CENTRAL

lo gritando, llamó inútilmente á Hipatia, á Pelagia, á Arsenio... á todos, menos á Dios. No podía ni se atrevia á orar; pues, á quién dirigiría su súplica? ¿A las estrellas? ¿Al Abismo, á la Eternidad?...

¡Ay! como Agustin habia dicho, con bastante amargura, aludiendo á sus maestros maniqueos, Hipatia habia alejado de él al Dios vivo, dándole, en su lugar, los cuatro Elementos... Y en su extravío y terror imploraba á cada uno de los guardias y carceleros que veía pasar, rogándoles como hermanos, padres, hombres, que le socorriesen. Al fin, conmovidos por su agonía y excesiva hermosura, los rudos Tracios, que conocian bastante el carácter del que los tenia empleados para creer sin dificultad en la inocencia de su victima, se pararon á oírle y le interrogaron.

Pero cuando le ofrecieron el socorro que pedia y le dijeron que les refriese su historia, la lengua del pobre jóven se le pegó al paladar. ¿Cómo habia de divulgar la vergüenza de su hermana? ¡Y sin embargo, ella estaba próxima á divulgarla por sí misma!... Así, en vez de palabras, rompió en nuevas quejas,

hasta que le dieron por loco; y cansados de sus violencias, le obligaron con golpes y maldiciones á estarse quieto. El resto de la semana lo pasó sumido en muda desesperacion, cercana al idiotismo. La noche y el dia eran para él iguales. No probaba el alimento que le arrojaban al través de la reja; hora tras hora, dia tras dia permanecia sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos, como aletargado por mera estenuacion del alma y del cuerpo. ¿Qué le importaba moverse, comer ni vivir? En el cielo y en la tierra no tenia mas que un proyecto, y este era ya imposible.

Al fin la puerta de la prision rodó sobre sus goznes.

—¡Arriba, jóven loco! gritó una voz áspera. ¡Arriba, y da gracias á los dioses y á la bondad de nuestro noble... hem!... Prefecto. ¡Hoy pone en libertad á todos los presos; y se me figura que un lindo chico como tú no debe ser menos que otros feos bribones!

Filemon miró al carcelero como si no le comprendiese mas que á medias.

—¡No oyes? gritó éste con una maldicion. Estás libre. Salta, ó cierra la puerta de nuevo, quién sabe hasta cuándo.

— ¡Ella va á ejecutar el baile de Venus Anadiómene?

— ¡Ella! ¿Quién?

— Pelagía, mi hermana.

— ¡El cielo únicamente sabe cuánto ha bailado en su tiempo! Pero dicen que hoy vuelve á bailar. ¡Pronto! sal, ó de otro modo no llegaré á tiempo de ver los juegos. Empiezan dentro de una hora. Hoy se admite en el teatro á todo el mundo.... pícaros y hombres de bien, cristianos y gentiles. ¡Maldito sea el chico! está tan loco como siempre.

Filemon lo parecía en efecto; pues poniéndose de repente en pié de un salto, dejó atrás al carcelero, salió precipitadamente de la prision, atravesando por entre la multitud de bribones, á quienes se habia dado libertad; corrió á su casa; de allí á los baños; de los baños al teatro; y sin cuidarse de etiquetas se adelantó hácia las filas mas bajas de bancos, para colocarse, sin saber por qué, lo mas cerca posible del espectáculo que temia y aborrecia.

El destino hizo que el punto por donde habia entrado se hallase próximo á la silla del prefecto, donde Orestes estaba sentado, en toda la pompa de su

traje de ceremonia, y junto á él (con sorpresa de Filemon) la misma Hipatia, mas hermosa que nunca, brillando su frente, como la de Juno, con una elevada tiara de joyas, y su vestido blanco de Jonia, medio oculto por un chal carmesí. ¿Qué hacia allí la vestal, la filósofa? Pero los ardientes ojos del jóven, demasiado bien acostumbrados á notar las luces y sombras de sentimiento que se sucedian en aquel semblante, no tardaron en conocer cuán decaida y triste era su expresion. La mirada de Hipatia revelaba violencia y decision, acompañada del terror de una mártir; y sin embargo, no lo era del todo, pues cuando Orestes volvió la cabeza al oír el ruido que habia causado la entrada de Filemon, é irritado al verle, le indicó que se retirase, ella se volvió tambien, y habiéndose encontrado sus ojos con los de su discípulo, se le encendió el rostro y pareció en actitud de ordenarle asimismo la retirada; pero reponiéndose, dijo algo en voz baja á Orestes, que calmó su furor, é Hipatia recobró su serenidad, ó mas bien se respaldó de nuevo en su asiento, como una persona determinada á sobrellevar lo peor.

Algunos alegres jóvenes, condiscipulos de Filemon, le atragaron a su círculo, saludándole risueños; y antes de que él reuniese sus ideas, el telon que velaba el escenario se había corrido, y empezaron los juegos.

La escena representaba un fondo de montañas; y sobre el mismo teatro, delante de un grupo de chozas, estaban en confusa mezcla los negros prisioneros Libios, como unos cincuenta entre hombres, mugeres y niños, adornados con plumas de colores y cinturones de cuero, blandiendo sus lanzas y escudos, y mirando fijamente con sus blancos ojos, que expresaban un temor y asombro infantiles, el extraño espectáculo que tenían ante sí.

En todo el frente del teatro se habian erigido almenas, y abajo el hiposcenio habia sido pintado figurando rocas, con lo que se completaba la imitacion de una aldea entre las montañas de la Libia.

En medio de un profundo silencio se adelantó un heraldo, y proclamó que aquellos eran prisioneros cogidos con las armas en la mano combatiendo contra el Senado y el pueblo de Roma, y

dignos por lo tanto de una inmediata muerte; pero que el prefecto, en su excesiva clemencia hacia ellos, y queriendo proporcionar la mayor diversion posible a los obedientes y leales ciudadanos de Alejandria, habia determinado, en vez de entregarlos a las fieras, permitirles que peleasen en defensa de sus vidas, y prometia perdonar a los que sobreviviesen si se portaban con valor.

Aquellos desdichados, cuando se les tradujo esta proelama, lanzaron gritos de alegría y blandieron sus lanzas y escudos mas ferozmente que nunca.

Pero su gozo fué breve. Las trompetas dieron la señal del ataque; y una tropa de gladiadores, igual en número a los salvajes, salió por uno de los grandes pasos laterales, hizo el saludo de respeto a los espectadores, que prurumpieron en aplausos, y plantando sus escalas contra el frente del teatro, subieron al ataque.

Los Libios peleaban como tigres; sin embargo, desde el principio Hipatia, y tambien Filemon, comprendieron que la promesa de concaderles la vida si

venecian, era una mera burla. Sus ligeros dardos y sus miembros desnudos no podían competir con las espadas y la completa armadura de sus brutales enemigos, que recibían riéndose multitud de golpes sobre sus cabezas, protegidas por yelmos.

No obstante, tal valor animaba á los Libios, que los hicieron retroceder dos veces, y dos veces las escalas fueron derribadas, y mas de un gladiador quedó debajo luchando con la agonía de la muerte.

Entonces el demonio se apoderó de los corazones de aquella embrutecida muchedumbre. Un grito tras otro de triunfo salvaje y de desconsuelo aun mas salvaje, sonaba en todas las filas de aquel vasto círculo de asientos á cada golpe que era parado y á cada golpe que se frustraba; y Filemon vió con horror y sorpresa que el lujo, el refinamiento, la misma cultura filosófica no eran salvaguardias suficientes contra la infección de sed de sangre. Hermosas y delicadas señoras, á quienes había visto algunos días antes extasiadas con las celestes aspiraciones de Hipatia, saltaban de sus asientos, agitaban

sus manos y pañuelos, y palmoteaban á los gladiadores. Porque ¡ay! no cabía duda hácia qué lado se inclinaba el favor del público. Se excitaba con insultos, burlas, aplausos y ruegos á aquellos miserables asalariados para que completasen su sangrienta obra. No había una voz que intercediese por los infelices prisioneros: desprecio, odio, ardiente deseo de sangre relucían únicamente en aquellos miles de ojos; y los Libios desalentados, sin esperanza, iban cediendo retirándose uno á uno. Un grito de triunfo saludó á los gladiadores, que subieron á las almenas y se posesionaron del teatro. Los pobres negros huyeron en todas direcciones, buscando en vano una salida....

Empezó entonces la matanza.... Unos cincuenta, entre hombres, mugeres y niños se agolpaban en aquel reducido espacio.... y sin embargo, Hipatia se mantuvo firme. ¿Por qué no? ¿Qué significaba este número en comparación de los miles de personas que habían perecido un año despues de otro durante siglos, de aquella y aun peores muertes, en los anfiteatros de un imperio, de una fé que estaba decidida á restaurar? Era

— 218 —
parte del gran sistema y debía sobrellevarlo.

Lo cual no quiere decir que no padeciese, porque al fin era muger, y su corazon, hallándose muy por encima de las brutales excitaciones de la multitud, estaba abierto á los mas vivos estímulos de la piedad. Repetidas veces fué á interceder en favor de una muger ó de un niño, pero antes de que hablase el golpe habia sido dado, y la infeliz criatura habia desaparecido de su vista en la espesa y confusa masa de asesinos y de víctimas. Sí; Hipatia habia empezado y debía seguir hasta el fin... En último resultado, ¿qué eran las vidas de aquellos pocos semi-brutos, volviendo así algunos años antes al polvo de que habian salido, al lado de la regeneracion de un mundo?... Todo estaria concluido en unos cuantos minutos mas, y el telon corrido.... Entonces apareceria Venus Anadiómene, y el arte, la alegría, la paz y la agradable sabiduría y belleza del antiguo arte griego, calmando y civilizando los corazones, é infundiéndoles la mas pura devocion hácia los inmortales mitos, las inmortales deidades que habian inspirado á sus abuelos en los

— 219 —
gloriosos dias de la antigüedad.... Pero aun duraba la mantanza, y ella miraba arriba, abajo, al rededor, á todos lados, para evitar semejante espectáculo, y sus ojos se encontraron con los de Filemon que la estaba contemplando lleno de horror y disgusto.... Un estremecimiento de vergüenza asaltó el corazon de Hipatia: sus megillas se encendieron, é inclinándose á Orestes le dijo en voz baja.

—¡Apíadate!.... ¡Perdona á los que quedan!

—De ningun modo, hermosa vestal; la multitud le ha tomado el gusto á la sangre y debe saciarse, ó volverá su furia contra nosotros. Nada es tan peligroso como tratar de contener á un bruto, sea caballo, perro ú hombre, cuando ha roto todo freno. ¡Hola! ¡allí tenemos un fugitivo! ¡qué bien corre el bribonzuelo!

En efecto, mientras hablaba, un niño, el único que quedaba con vida, saltó del teatro y atravesó la orquesta, dirigiéndose á ellos seguido por un perro.

—Será tuyo ese jóven si llega hasta nosotros, dijo Orestes.

Hipatia observó la escena sin casi respirar. El niño acababa de llegar al

altar colocado en el centro de la orquesta, cuando vió á un gladiador junto á él. El brazo del miserable se habia levantado ya para herir, cuando, con asombro público, el niño y el perro se pusieron á ladrar, y arrojándose sobre el gladiador, entre ambos le derribaron en tierra. El triunfo fué momentáneo. Las manos se levantaron demasiado tarde, y el grito de *¡no le mates!* no se oyó á tiempo. El gladiador, ya en el suelo, sepultó su espada en el cuerpo del niño, y poniéndose luego de pié, se dirigió friamente á uno de los pasos laterales, mientras que el pobre perro permaneció junto al cadáver lamiendo sus manos y su rostro, y haciendo resonar todo el edificio con sus doloros ahullidos. Entró entonces la gente de servicio, y enganchando un cadáver tras otro se los llevó de allí, siguiéndoles largos surcos de sangre en la arena: el perro iba detrás, y por último sus ahullidos de mal agüero cesaron de oírse.

Filemon se sintió mal y queria marcharse; pero Pelagia... no; debia permanecer allí, y ver lo peor, si era posible hubiese algo peor que aquello. Miró á todas partes. El pueblo estaba fria-

mente bebiendo vino y comiendo tortas, mientras hablaba con admiracion de la hermosura del gran telon que acababa de correrse y ocultar el teatro, y que representaba, sobre un fondo azul, á Europa llevada por el toro al través del Bósforo, en tanto que las Nereidas y los Tritones jugaban á su alrededor.

Una flauta sola detrás de la cortina empezó á modular dulces notas, apagadas y distantes, como si partiesen de lejanos valles y bosques; y por los pasillos laterales salieron tres Gracias que conducia Pitho, diosa de la persuasion, llevando un baston de heraldo en la mano. Se adelantó hasta el altar en el centro de la orquesta, é informó á los espectadores de que durante la ausencia de Ares, el cual habia marchado en auxilio de cierta grande expedicion militar, que debia decidir pronto la suerte de la diadema de Roma, y de la libertad, prosperidad y supremacia de Egipto y Alejandria, Afrodita habia vuelto á su fidelidad, sometiéndose en lo venidero á las ordenes de su marido Hefesto; que éste, como dios de los artifices, sentia un peculiar interés por la ciudad de Alejandria, almacén del mundo, y

como muestra de especial favor habia obtenido de su bella esposa que exhibiese por esta sola vez sus encantos ante el pueblo reunido, y que en la muda poesia de movimiento representase las emociones con que, al nacer de las olas del mar, habia visto por la primera vez la hermosa extension del cielo y la tierra, cuya reina era actualmente.

Entusiastas aplausos acogieron este anuncio, y por el lado opuesto salió cojeando el dios, con el martillo y las tenazas al hombro, seguido de una cuadrilla de cíclopes gigantes, que llevaban acuestas varios trozos de obras de metal dorado.

Hefesto, que estaba encargado de la parte cómica en el grande espectáculo pantomímico, se adelantó con estudiada grosería en medio de las carcajadas del público; miró el altar con burla y desprecio, levantó su poderoso martillo, lo hizo pedazos de un solo golpe, y mandó á sus criados que quitasen de allí los fragmentos y erigiesen otro altar mas propio de su augusta esposa.

Con admirable presteza los trozos de metal fueron colocados y unidos entre sí, formando un todo de ramos de coral

y guirnaldas de yerbas marinas, entrelazado con delfines, nereidas y tritones. Cuatro cíclopes gigantes se acercaron entonces, vacilando bajo el peso de una plancha circular de mármol verde, pulimentada hasta parecer un espejo perfecto, que ajustaron sobre la anterior figura. Las Gracias adornaron su circunferencia con guirnaldas, yerbas marinas, conchas y coralinias, y el mimico mar estuvo completo.

Pitho y las Gracias se retiraron algunos pasos agrupándose con los cíclopes, cuyos miembros sucios y morenos, y cuyas horribles máscaras de un solo ojo, hacian resaltar los delicados colores y el encanto de las hermosas doncellas. Entretanto Hefesto tenia la vista fija en el telon, y parecia aguardar con impaciencia la venida de la diosa.

Todo el mundo esperaba anhelante, notando que las flautas sonaban de mas cerca: las trompas y los címbalos empezaron la armonía; y al ruido de una música triunfal se corrió el telon, y un grito simultáneo de placer salió de la boca de diez mil espectadores.

La escena representaba un magnífico

templo, oculto á medias en un bosque artificial de árboles y matorrales de los trópicos, que llenaban todo el teatro. Faunos y Driadas asomaban riéndose por entre sus troncos, y vistosos pájaros, sujetos por hilos invisibles, revoloteaban cantando de rama en rama. En el centro, una calle de palmeras conducía desde las puertas del templo al frente del teatro, donde las almenas habían sido reemplazadas en aquellos cortos momentos por un ancho declive de menuda yerba, que llegaba hasta la orquesta y estaba guarnecido de mirtos, rosales, manzanos, adormideras y jacintos de color carmesí, manchados con la sangre de Adonis.

Las puertas del templo se abrieron lentamente: los instrumentos resonaron desde lo interior, y precedido de los músicos apareció el triunfo de Afrodita, bajando por la calzada de yerba y dando la vuelta por el borde superior de la orquesta.

En un magnífico carro, del cual tiraban bueyes blancos, iban las mas raras y hermosas flores, como tambien los mas estimados frutos exóticos, que jóvenes vestidos de flores y de estacio-

nes, esparcían delante de la procesion y entre los espectadores.

Una larga fila de hermosos mancebos y doncellas, coronadas de guirnaldas y con bandas de color de púrpura, seguían dos á dos. Cada pareja conducía un par de animales salvajes, cautivos del poder avasallador de la belleza.

Delante se veían en los puños de los actores las aves consagradas especialmente á la diosa; esto es, palomas y gorriones, torcecuellos, cisnes y golondrinas; y un par de tortugas gigantes de la India, sobre cada una de las cuales cabalgaba una hermosa ninfa, mostraban que Orestes habia tenido presente un deseo á lo menos, de su esposa futura.

Venían despues aves raras de la India, como loros, pavos reales, faisanes plateados y dorados; avutardas y avestruces, cada uno de los últimos montado por un Cupidillo, eran conducidos con cuerdas de oro y seguidos por antílopes y orixes, alces del otro lado del Danubio; carneros con cuatro cuernos de las islas del Océano Hiperbóreo, y la estraña híbrida de las montañas de la Libia, que todos los espectadores cre-